

De la Belleza

Llovía.

Las gotas caían pequeñas, cristalinas, incesantes, de las nubes.

Y yo recorría las húmedas calles de adoquines blancos bajo aquella cortina de agua, descalzo una mañana a finales del verano.

Sentir el golpeteo de la lluvia sobre mi cabeza me tranquiliza desde que tengo conciencia. Para mí caminar solo bajo la tormenta es una vía de escape. Me tranquiliza. Me ayuda a pensar.

Me limpia.

Adoro ver los diminutos riachuelos entre las rendijas de las piedras, y como brilla el cristal blanco cuando sale el Sol, adoro el olor de la tierra mojada y la frescura del aire, adoro los escalofríos, adoro perderme entre las calles a solas entre los charcos, cuando nadie puede ver mis lágrimas.

Adoro la Lluvia.

Había salido de mi casa porque no podía aguantar más encerrado entre aquellas cuatro paredes. A veces necesito despejarme y estoy de mal humor, quizá más de las que me gustaría.

Me siento inútil, perdido. No es solo falta de inspiración o bloqueo creativo. Es un desasosiego que me carcome por dentro, una desidia que me impide pensar o hacer cualquier cosa.

Me convierto en una máquina.

Aquel era uno de esos malditos días en los que sentía que no valía la pena existir.

Había salido descalzo y sin abrigo. Necesitaba sentir el suelo bajo mis pies. Necesitaba sentir la piedra y el agua, el frío y quizá incluso el dolor.

Necesitaba sentirme real.

Porque hacía ya tiempo que había dejado de distinguir bien mis sueños del mundo real. Ya no sabía muy bien cuando estaba despierto: mis sueños se habían tornado

demasiado vívidos, felices y alegres, y mis días, demasiado nebulosos, pasaban ante mis ojos como una sucesión inconexa de imágenes sin sentido.

Dejé que el agua me calase hasta los huesos aquella mañana melancólica y fría de finales del verano, mientras las gotas caían incansables sobre las hojas de los árboles, y vagabundeeé en el silencio de aquella ciudad fantasma de piedra vieja y cristal a la que tanto han cantado las poetisas a través de los tiempos, y pronto me encontré perdido en aquella espesura blanca y gris de plata añeja y marfil y perdí la noción del tiempo bajo las nubes mientras mis pies arrugados me hacían sentir vivo por primera vez en mucho tiempo.

Las calles se sucedían una tras otra, fragmentándose en una inmensa red de recovecos y callejuelas laberínticas que no llevaban a ninguna parte y túneles cegados y atajos y pasadizos entre los antiguos muros de una ciudad abandonada bajo el diluvio.

Me había internado en algún punto de mi paseo en aquel laberinto de piedra y cristal, y caminaba sin rumbo mirándome a los pies cuando me topé con ella.

La melena rubia casi plateada le caía en verdaderas cascadas, empapada, por las mejillas blancas como la nieve y más allá de sus hombros perfilando la suave curva de un cuello suave como el terciopelo y frío como la escarcha del invierno mientras las gotas de lluvia rodaban por su piel como lágrimas de plata que cayesen de sus preciosos ojos grises como el cielo.

Estaba reclinada contra el pilar de un arco más viejo que el propio Mundo, cubierto de hiedra verde y blanca y musgo negro, de manera indolente, casi burlona, y de alguna manera que jamás accedió a explicar había conseguido mantener secas las páginas amarillentas del libro que leía mientras arreciaba la tormenta sobre ella.

Era la única persona que podría haber encontrado aquel día en las calles de Even, y a la vez con la que menos había esperado toparme.

Y por primera vez desde que saliera de mi casa empecé a preguntarme si no sería aquello, en realidad, un sueño.

Me senté, recostando la espalda contra el pilar mojado, en frente de ella, y, tras lo que me pareció una eternidad, la muchacha levantó su mirada nubosa de aquel libro viejo y atrapó la mía con aquellos ojos insondables.

— Por fin me has encontrado— dijo, y sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona— Necesitas ayuda, ¿verdad, Febo?

La miré, muy serio.

— No aguantaba más en casa. Siento que me ahogo entre mis propias sábanas, Diana. Ya no distingo la realidad del Sueño. No puedo escribir. No puedo pensar— notaba como la ansiedad iba creciendo en mi pecho— Estoy totalmente bloqueado, no puedo hacer nada. Mira— dije, enseñándole mis manos, completamente blancas, sin rastro alguno de suciedad— mira. Ni una mancha. Nada de tinta. Ni una mota de color. Ninguna idea.

» No sé qué hacer, Diana. Me siento delante de las hojas en blanco y no tengo ideas. Me siento vacío. Cada palabra que escribo, cada línea que dibujo, cada verso, cada nota, me parecen insulsos, feos, sin sentido.

Ella asintió, entendiendo.

— Hazme sitio, — dijo Diana sentándose a mi lado, bajo aquellas dovelas que de seguro habían visto nacer la primera estrella en el cielo— y cuéntamelo todo.

Su mirada era sincera, sin rastro de broma ni juego, y su voz resonó en mis oídos, dulce y seria.

Le conté cómo me había levantado aquella mañana, como tantas otras, con el corazón desbocado después de un sueño tan real que pensé que la realidad no era más que un sueño. Le describí aquella ansiedad y aquella impotencia de querer hacer algo y no poder. Aquel vacío. Le conté cómo me quedaba las noches en vela contemplando las estrellas sin motivo alguno con ganas de llorar. Le conté que me sentía incapaz de sentir nada cuando se suponía que debía. Le conté que me asaltaban las emociones más fuertes que había sentido cuando estaba dormido. Me sentía perdido en este mundo, y no encontraba la manera de expresarme, no encontraba la manera de existir, no conseguía mancharme las manos.

Me miraba intensamente cuando terminé de hablar. La compasión se reflejaba en sus ojos, y la tristeza, y vi mis lágrimas reflejadas en sus pupilas.

O quizá eran gotas de lluvia.

Me sonrió, y, antes de que me diese cuenta, me estaba abrazando.

No dijo nada. No hacía falta.

Noté cómo su respiración se acompasaba mientras se iba tranquilizando, y apoyé la cabeza sobre el hombro de aquel chico.

— No te preocupes, — dije, a media voz— En el fondo todos nos sentimos perdidos aquí, Nadie nos cuenta a qué venimos ni por qué. A veces siento que no pertenezco a este mundo. No sé qué hacer. Es como si nada importase en realidad. Me frustró y parezco totalmente inútil...

—¿Cómo consigues seguir adelante?

Callé por un momento, y sentí como respiraba profundamente.

— En realidad, no lo sé, — dije muy bajo. Me miraba fijamente con aquellos ojos tan grandes en los que no podía evitar sumergirme, tan cerca que la punta de su nariz rozaba con la mía bajo la Lluvia— me dejó llevar por lo que siento. Sigo a mi instinto y a mis emociones, y cuando me encuentro perdida no le hago caso a la razón... A veces puede parecer estúpido, y haces cosas que no debes.

» Pero, en el fondo, Febo, ¿qué más da? Yo creo que estamos aquí para contar nuestra propia historia.

Podía sentir sus palabras sobre mis labios, cada susurro, la cadencia suave de su voz. El mundo a mi alrededor desapareció en la lluvia, y ya no había torres ni calles ni plazas, ni árboles ni charcos.

Solo estábamos ella y yo bajo aquel arco milenario que nos cubría de la lluvia que inundaba el Mundo y lo envolvía entre las brumas.

» Si te sientes vacío y perdido, Febo, sigue ese instinto. A veces necesitas simplemente llorar como un niño pequeño. Otras un abrazo, o gritar hasta que pierdes la voz. O escribir. O dibujar, o salir a pasear bajo la lluvia.

» ¿Qué necesitas tú, Febo?

Su voz era ahora apenas un susurro, pero caló hasta el fondo más profundo de mi alma.

— No lo sé.

Me miró con una sonrisa tierna.

— Cierra los ojos y cuéntame qué ves en tus sueños—respondió, pasándome la mano por el pelo mojado, mientras se acomodaba en el hueco de mi hombro— A lo mejor te puedo ayudar un poco.

Sentía escalofríos con cada caricia, y cerré los ojos dejándome llevar, al tiempo que las gotitas frías de lluvia caían sobre nosotros entre las brumas.

Y volví a ver aquel mundo de mis sueños.

» La luz cae del Sol en un cielo más azul que ningún otro que haya contemplado. Los colores son vívidos y vibrantes, imposibles. Los rayos se reflejan en las gotas de rocío que se posan suavemente, centelleantes como estrellas del firmamento, en las hojas de los árboles a la brisa de verano. Un bosque de verde profundo y penetrante tapiza la llanura, y un riachuelo de mercurio atraviesa la floresta, destelleando al medio día. Los campos están cubiertos de yerba clara y flores blancas y de plata. En una colina hay una ciudad reluciente de cristal, y los niños juegan por las calles y ríen entre las fuentes y los árboles de oro. Huele a Mar y es de un gris azulado tan profundo como tus ojos. Las olas baten suavemente contra la playa de arenas más blancas que las nieves, y los barcos llegan del Este, las velas henchidas al viento y los cascos relumbran entre las espumas del Océano...

— ¿Desde dónde lo ves todo? — susurré suavemente en su oído.

» Bajo un Sauce, en un acantilado alto y olvidado. En el borde hay un chico sentado, que balancea las piernas y me mira con una sonrisa de oreja a oreja. Sus pestañas acarician, como oro, los párpados de unos ojos de ámbar y miel, y la brisa suave le arremolina una

melena como el sol, enmarcando, la naricita tierna y rosada, y la tez de pura de escarcha. Parece el muchacho más inocente del mundo...

A medida que hablaba, notaba como su respiración se entrecortaba. Empezó a ruborizarse, y una sonrisa enorme apareció en sus labios.

Cuando abrió los ojos me fijé en que la ansiedad ya no se reflejaba en ellos.

— ¿Qué? — pregunté cuando abrí los ojos.

El Mundo parecía haber vuelto a la normalidad, aunque era más... luminoso: Las torres y las casas empezaban a brillar a la luz roja, casi sangrienta, del ocaso.

Diana me sonreía, apoyada contra la pared.

— Dime, ¿Qué sientes? — su voz era apenas un tímido susurro contra el rugir incesante de la tormenta de verano.

Respiraba entrecortadamente, y mi corazón latía desbocado. Notaba mi cara caliente, y supuse que me había ruborizado, pero no entendía por qué. ¿Era por haber visto a aquel chaval que poblaba todos mis sueños? ¿Era por Diana? ¿Era por aquel Mundo, por aquellos colores, por aquella luz de ensueño? Su sonrisa al viento seguía grabada a fuego en mi recuerdo. Y sus ojos grises, clavados en los míos. Y la calidez en mis labios, y aquella mirada tierna de miel y ámbar, y las caricias, y el olor del mar, y las risas de los niños y las gotas de rocío a la luz del sol.

No podía pensar con claridad, no podía hablar.

El Silencio se instaló entre nosotros por una pequeña eternidad en la que Diana no apartó sus ojos de los míos.

Parecía que el rubor no iba a desaparecer de mis mejillas, y mi mente bullía con aquellas imágenes de ensueño. Me entraron ganas de llorar de una emoción que no fui capaz de clasificar, y las lágrimas saladas cayeron de mis ojos mezclándose con la lluvia.

Quería más. No sabía lo que era, pero quería más. Me acababa de asaltar un torrente de emociones tan fuertes como nunca antes las había sentido y estaba en una especie de *shock*.

Había sentido la risa de aquellos niños. Había sentido las olas del mar y las hojas al viento, había sentido los rayos de luz en las gotas de rocío y la espuma del océano. Había sentido su sonrisa y el vaivén de las flores.

— Estoy a punto de llorar y no sé por qué. El corazón me late a mil por hora. No puedo pensar, estoy temblando. — dije despacio, y la miré con intensidad— No soy capaz de distinguir qué estoy sintiendo. Es como cada vez que me despierto por las mañanas.

La Lluvia rugía más allá del arco y Febo me miraba buscando ayuda en mis ojos, y creo que las lágrimas, y no las gotas, resbalaban de sus mejillas.

— ¿Te has sentido así alguna vez más? —pregunté, esperando alguna respuesta que esclareciese qué era aquello que el muchacho sentía.

Parecía que pensaba, y permanecimos un rato en silencio. Recordé la escena que me había descrito, ¿qué había podido provocar esa reacción? ¿Había sido aquel muchacho?

— Creo que sí, —respondió al fin— a veces me quedo pasmado simplemente observando las estrellas.

— ¿Por qué crees que te has sentido así?

— Todo era muy bello, Diana, no sé por qué, pero aquel cielo, aquellos colores, aquella luz. Era lo más bello que he visto nunca.

¿Podía ser que fuese por eso? ¿Simplemente porque era algo tan bello que le producía esas emociones? ¿Sentía la Belleza?

Necesitaba pensar detenidamente, pero verlo allí, calado y preocupado me entristecía.

No habíamos vuelto a decir nada, y yo había perdido la noción del tiempo que todavía conservaba mientras observaba cómo se deslizaban por su melena las diminutas cuentas de agua, incendiadas como chispas de fuego a las últimas luces del día.

Me levanté, eufórica y riendo, de un salto, y le agarré del brazo y arrastrándole hacia el interior de la tormenta.

Corrimos internándonos en la Lluvia de verano como dos niños pequeños, saltando en los charcos entre carcajadas y bailando bajo las gotas infinitas mientras el muchacho perdía los últimos rastros de preocupación que le quedaban.

—¿Qué piensas que es la Belleza, Febo?

Habíamos acabado tumbados en el suelo, entre jadeos. Hacía ya tiempo que había dejado de llover, y sobre nosotros se abría un mar infinito de estrellas. Nuestras ropas pesaban como si fuesen de plomo y nuestras respectivas melenas eran una sopa de pelos y polvo arrastrado por el viento.

Jamás me había sentido tan vivo antes, tan real, tan feliz, tan completo en aquel Mundo como aquella tarde. Ya no me preocupaba mi bloqueo. Ya no me sentía ansioso o incomprendido. Había llorado y había reído y había gritado y había dejado que todo saliese de mí bajo aquella bendita lluvia. Mis manos estaban caladas como todo mi cuerpo, y mi mente bullía con historias y canciones.

— Pues... — me quedé pensando— Se supone que es una cualidad de las cosas o de las personas, ¿no?

¿No pensaba Aristóteles que lo bello seguía unas proporciones y unas reglas de simetría?

— Creo que he empezado a dudarlo...— dijo ella, pensativa— ¿Crees que es algo objetivo, Febo? ¿Crees que todas las personas consideran las mismas cosas bellas?

Dudé. Yo estaba bastante seguro de lo que consideraba bello, pero era verdad que esos gustos y esas preferencias varían inmensamente de una persona a otra.

— Además lo podemos comprobar si nos fijamos en la Historia, Febo—siguió ella

» En la época de la Grecia Clásica, se consideraba bello aquello que se adaptaba a unas proporciones y que seguía unos cánones, como el de Policleto o el de Vitrubio. Creían que la belleza era algo absoluto. Pero si nos fijamos en la evolución histórica del canon de belleza, tanto masculino como femenino, además de en la de la propia idea, verás, Febo, que la Belleza, de absoluta no tiene nada.

Su voz era potente, aunque hablaba en un susurro, muy ceca de mí, bajo la noche estrellada. Sus palabras estaban cargadas de emoción, y yo no podía hacer nada más que escucharla embelesado.

» Es verdad que durante la Edad Media la Belleza fue tomando un matiz más subjetivo en lo que al arte se refiere, pero porque pasó de basarse en la forma, como se había venido dando hasta entonces, para basarse en la expresión y el simbolismo teológicos, pues en esta época, en Europa todo giraba en torno a Dios.

» Sin embargo, alejándose del ámbito religioso, en esta época surgió el concepto literario de “Amor Cortés”, que era una relación secreta y prohibida que se daba entre un noble caballero y una dama de alcurnia. Esta dama se suponía ideal y perfecta en todos los sentidos, y, por ende, bella, y esta belleza en mi opinión no era tratada de una manera subjetiva, sino que se consideraba bellas a las damas por su alcurnia, posición social, maneras y modales, recato y ciertas características físicas (tez blanca, cabello rubio, dientes sanos, mejillas sonrosadas...) que irían derivando en el concepto renacentista de *Donna Angelicata*.

» Durante el Renacimiento se dio un retorno al Humanismo y el antropocentrismo clásicos, y con él, un retorno a los conceptos de belleza como armonía, simetría y canon.

» El canon de Vitrubio, que definía unas proporciones que meticulosamente debían tener los hombres, fue uno de los más aceptados en cuanto a lo que belleza masculina se refiere.

» La *Donna Angelicata* se convirtió en el ideal de belleza femenina: de largos cabellos rubios, frente ancha, cejas arqueadas, ojos grandes, mejillas sonrosadas, labios rojos, dientes blancos, cuello largo y piel blanca.

En tanto que de rosa y de azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
con clara luz la tempestad serena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:

De la Belleza

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

(Garcilaso de la Vega, Soneto XXVIII)

» Durante el siglo XVI empezaron a aparecer voces discordantes que sentarían las bases para que surgieran las ideas de la Belleza como algo subjetivo.

» Miguel Ángel planteó que el objetivo del arte no era copiar a la naturaleza y que por eso era bello, sino que era la belleza en sí misma el objetivo, y que la imitación de la naturaleza solo era un medio.

— ¿Qué piensas, Febo? ¿Crees que la Belleza es objetiva? — le pregunté.

Quizá había hablado demasiado tiempo yo sola, y también quería conocer su opinión.

Le miré. Y en su mirada había un brillo de admiración y felicidad, Sus labios se curvaban en una sonrisa preciosa a la luz de las estrellas.

— No, tienes razón. Además, no hace falta recurrir a la Historia—argumentó—Creo que incluso en un pequeño grupo de personas se puede apreciar que no todas consideran bello lo mismo.

— Sí—respondí—y de eso ya se dieron cuenta pensadores del pasado:

» Durante la Ilustración en el siglo XVIII algunos filósofos empezaron a fijarse en la subjetividad de la belleza. Por ejemplo, Pascal pensaba que la belleza era imposible de describir pero que sí era comprobable que esta producía placer. Según él, cada persona tiene un canon de belleza personal (*modèle*), y le parecerá bello todo cuanto se ajuste a ese modelo.

» Según los empiristas británicos, que se oponían al racionalismo francés, la belleza no era una cualidad del objeto, sino que se encontraba en la mente del sujeto, que la interpreta de forma personal.

De la Belleza

La belleza no es una cualidad de las cosas mismas: existe tan sólo en la mente del que las contempla y cada mente percibe una belleza distinta. Puede incluso suceder que alguien perciba fealdad donde otro experimenta una sensación de belleza; y cada uno debería conformarse con su sensación sin pretender regular la de los demás. (David Hume, *Ensayos morales, políticos y literarios*)

— Pero, Diana, ¿Qué crees de la atracción sexual? ¿No es algo bastante objetivo? ¿No es verdad que sentimos atracción sexual en base a la herencia genética para asegurar la perpetuidad de la especie y la descendencia?

— Tienes razón— contesté— pero, en mi opinión, la atracción sexual no es tanto un sentimiento como un instinto más “animal” ...

— ¿Cómo que un sentimiento? —me miró extrañado.

— Creo que es la explicación más sencilla. Si la belleza no es objetiva, tampoco es una cualidad de las cosas mismas. No estoy diciendo que algunas características del objeto inspiren la Belleza en el sujeto. Creo que la Belleza es un sentimiento comparable al Amor, la Atracción, el Odio, la Tristeza, una emoción. No es solo que una serie de características nos parezcan bonitas dependiendo de nuestro gusto. Creo que es eso lo que sentías cuando soñabas y se te aceleraba el pulso y te daban ganas de llorar, *sentías* la propia Belleza de esas cosas.

Bajo la Luna, Febo sonreía.

— Pero, aún así, ¿por qué crees que nos inspiran belleza esas características? ¿Crees que la cultura tiene algo que ver? ¿Crees que es algo que aprendemos?

— Puede ser. Seguramente nuestra cultura influye mucho, pues estamos expuestos casi siempre a unos cánones de belleza concretos y acabamos aceptando la mayor parte de ellos. Pero también hay veces que las cosas nos gustan por la historia que tenemos con ellas, como un osito de peluche, un dibujo, o que sean simbólicas. Creo que como en todo, nos formamos nuestro modelo, nuestro canon de belleza personal como decía Pascal, a lo largo de la vida y según las experiencias que tengamos.

» Por ejemplo, los japoneses tienen el concepto de *sayakeshi*, la belleza caracterizada por la simplicidad, el frescor y la ingenuidad, efímera y fugaz que evoluciona con el tiempo. Me recuerda mucho a los *haikus*:

De la Belleza

*La mariposa revolotea
como si desesperara
en este mundo*

(Kabayashi Issa)

O las tribus africanas que consideran los cuellos largos como epítome de belleza femenina. Quizá, a veces, debería hacerse más hincapié en que la belleza es algo subjetivo. Porque la gente siente que debe adaptarse a un estereotipo que no es real, y se cometen verdaderos crímenes en el nombre de la belleza: vendar los pies a las niñas chinas porque los pies pequeños son más bonitos, deformar los cuerpos con corsés, maquillarse con productos venenosos a sabiendas...

Nos quedamos en silencio un rato, escuchando los sonidos del viento entre las hojas de los árboles.

— ¿Estás más tranquilo? —le pregunté. Creo que me había emocionado demasiado con el tema de la belleza y mi disertación y no había prestado la suficiente atención a su problema.

— Sí—me contestó—Creo que tienes razón, y me siento menos perdido. Siempre puedo volver a buscarte si necesito ayuda.

Habíamos pasado horas hablando bajo las Perseidas y ya clareaba por las montañas del Oeste.

Empecé a bostezar suavemente bajo el nuevo día.

— ¿Hora de volver a casa? — pregunté

— Creo que sí— contestó él, con una sonrisa enorme en sus preciosos ojos.

— Gracias por todo. — dijo, dándome un pequeño beso en la mejilla.

CONCLUSIONES

El motivo de este trabajo no es imponer o dar por válida mi idea acerca de qué es la belleza, sino exponerla. No intento demostrar ni desacreditar ninguna opinión, pues creo que es algo tan sumamente abstracto y personal que escapa, en cierto sentido, a la razón.

Creo que es inútil buscar una descripción universal de la Belleza, pues no creo que la haya. Mi opinión es que se trata de esos sentimientos que producen elementos con ciertas características. No creo que sean en sí bellas porque esos rasgos que producen la belleza varían, y mucho, dependiendo de la persona, razón por la que encuentro más razonable llamar Belleza a la emoción, que posiblemente sea similar en cada persona.

Sin embargo, creo poder asegurar sin miedo a equivocarme, que, sea cual sea la naturaleza de la Belleza, esta es subjetiva. Que no hay nada absolutamente bello ni sigue unos patrones, pues es constatable empíricamente que varía dependiendo de las personas, las culturas, las épocas e incluso las situaciones.

Esto se puede advertir y probar de varias maneras: repasando la historia y cómo han cambiado las propias ideas de qué es la belleza, los distintos cánones que se han dado alrededor del mundo, o simplemente los gustos distintos de personas de un mismo entorno.

A pesar de esto, quiero recalcar que la belleza si que puede tener también algunos puntos objetivos, en los que filósofos antiguos como Aristóteles no se equivocaron: la simetría es uno de ellos junto con la proporción.

Esto tiene que ver con cómo estamos *programados* genéticamente y nos atraen sexualmente aquellos individuos cuya herencia genética es mejor y más sana, y estas características se podrían reflejar en los rasgos físicos de una persona.

No creo que este matiz objetivo tenga el peso suficiente como para considerar a la belleza como algo objetivo, pues creo que tienen más importancia la diferenciación de gustos en diferentes sujetos.